

LAS GALERAS DE DRAGUT

Por las costas malagueñas,
 que á pesar de las distancias
 miran, con ojos atentos,
 á las costas africanas,
 muévase largo tumulto,
 voces resuenan airadas,
 y roncós gritos repiten:
 "¡Al arma! ¡Vienen! ¡Al arma!"

¿Quiénes llegan? Sobre el fondo
 de un vivo mar de escarlata,
 que tal parece, á los rayos
 de un rojo sol que lo esmalta,
 veinte galeras apuntan,
 veinte galeras armadas;
 veinte galeras temibles:
 por audaces, por corsarias.

El Rey del Mar, indomable,
 —según los suyos,—las manda.

El corsario más experto,
 y el más valiente pirata,
 que el gran estanque latino
 mantuvo sobre sus aguas.
 Dragut, á quien cuna diera
 Natolia, lugar del Asia;
 Dragut, que tiene su corte,
 con bella ciudad, en *Africa*;
 Dragut, que al cristiano débil
 persigue y expolia y mata;
 cuyos bizarros alardes,
 cuyas ilustres hazañas,
 para sus fastos quisieran
 Barbarroja y Hacén-Aga.

Frente á las costas que ríen
 bajo los montes de Málaga,
 —con tan ariscas rompientes,
 con tan bellas ensenadas,—
 breves momentos, de pronto,
 detiene su andar la escuadra;
 con que todas sus galeras
 más brillantes se destacan;
 más temibles, sobre el fondo
 del vivo mar de escarlata.

¡Las veinte naves de guerra,
 las veinte naves corsarias;
 los largos remos al aire,
 y al aire las velas blancas;
 por unos instantes, quietos;
 por breves instantes, lacias...!

—

Bien dijérase que dudan
 y que cavilan, paradas;
 quizás por cambiar de rumbo,
 sobre las ondas en calma;
 tal vez por sumar sus bríos,
 con reposo, y á sus anchas;
 acaso por dirigirse,
 más audaces y alentadas,
 contra las costas risueñas,
 bajo los montes de Málaga.

—

Mientras, allá, por las costas,
 siguen las voces airadas,
 y roncós gritos repiten:
 “¡Al arma! ¡Vienen! ¡Al arma!

Dragut cambió de proyectos.
 Sus naves se alejan. Marchan
 hacia Levante, surcando
 la viva mar de escarlata.
 Nubes péfidas parecen,
 de rayos muchos preñadas,
 que á la merced de los vientos,
 en vez de acercarse, pasan...
 ¿Adónde irán, Dios piadoso?
 ¿Qué costas, luego, mañana,
 padecerán de sus furias
 ó sufrirán su amenaza?
 ¿Las granadinas, tan bellas?
 ¿Acaso las valencianas?
 ¿Irán, acaso, los buques,
 hacia los golfos de Italia?

—

Dragut lo sabe... Sus ojos
 grandes é inquietos indagan
 sin cesar, por si aparecen
 sombras de naves contrarias.
 En tanto, sobre las suyas,
 bogan y bogan con ansia
 pobres cautivos; cautivos
 que suspiran por sus patrias.

Al són de duras cadenas
 y al són de sus remos cantan,
 mientras los aires sollozan
 en las velas desplegadas;
 saludos quizás trayendo,
 desde costas bien lejanas...
 Y en tanto, por las que ríen,
 bajo los montes de Málaga,
 cesan los gritos airados;
 concluye, por fin, la alarma.
 Gentes y campos respiran
 libres de sustos y en calma.
 Repósanse los alientos,
 con que reposan las armas...

—

Libres, al cabo, del yugo
 de las galeras corsarias,
 alegres brillan las ondas
 del vivo mar de escarlata...

La tormenta se ha alejado.
 Por los aires se deshaga.
 Dragut por el mar camina.
 ¡Dios al encuentro le salga!

MAR ADENTRO

A JOSÉ GÄRTNER

I

Solo estoy, en el morro del espigón del puerto,
 que sin mí, que lo cruzo, sintiérase desierto;
 porque la noche es fría, con una bruma intensa
 que, en torno al largo muelle, difunde pavorosa,
 sobre la mar, que en calma tristísima reposa,
 todo el misterio trágico de su negrura densa.
 Solo estoy. En las sombras, aún más solo me encuentro.
 Solo voy por el muelle y hacia el mar, mar adentro.
 Solo voy en la noche, que me presta su manto
 de tinieblas densísimas, en que nada percibo;
 porque pueda con sombras recatar el espanto
 de mis locas alarmas, el espanto en que vivo.
 Este pavor de todo, este pavor constante,
 —que me aterra,—del Mundo, del Hombre, de la Suerte;

de la misma Fortuna, para mí tan distante;
 de mi Muerte cercana... ¡Me horroriza mi Muerte!
 Por el aire medroso, que de bruma se llena,
 —cada vez más opaca, más fúnebre,—resuena,
 de improviso, rasgando la terrible neblina,
 la ronca voz de un buque, la voz de su sirena;
 la voz de un buque ciego, que al puerto se encamina;
 que en vano lo demanda, bajo sombras hundido;
 que viene como á tientas, en la niebla marina,
 y clama como un loco, sintiéndose perdido.
 ¡Ah, qué voces de angustia, de zozobra, de pena!
 Parecen que traducen otra angustia: la mía.
 ¡Ay, cielos, enloquece la voz de la sirena!
 ¡Ay, qué triste, qué triste, qué espantosa resuena,
 bajo la noche cruda, bajo la niebla fría!...
 ¡Sosténme, oh Dios! ¡Sosténme! La doliente negrura
 de las tétricas sombras en mi pecho se infunde.
 Cunde la bruma densa, dentro la noche oscura,
 y en la neblina lóbrega nueva neblina cunde.
 Bajo las sombras frías, nuevas sirenas claman.
 Dijérase que ruegan, que imploran y que llaman.
 ¡Pobres naves, que sienten la angustia del espanto!
 ¡Pobres buques, perdidos en la noche, que imploran!
 ¡Sálvalos, Dios clemente! ¡Protégeme, Dios Santo!
 ¡Por sus voces que claman! ¡Por mis versos que lloran!

II

¿Fué prodigio, quizás? Magno prodigio
 debió de ser. De pronto, de repente,
 como en alas de un aire poderoso,
 pero blando á la vez, por halagüeño,
 me sentí transportado... Por el aire
 y á través de la bruma. Juraría
 que el viento me llevó sobre las rocas
 de un islote brevísimo; que en ellas
 mis plantas se afirmaron, y que en torno
 me aprisionaba, sin cesar, la bruma.
 ¡Oh, cuán tremenda, sigilosa cárcel!
 De improviso también, nuevos clamores
 llegaron hasta mí. No ya lamentos
 prolongados, agudos, angustiosos,
 de las sirenas de los buques. Voces
 más angustiosas por humanas. Eran
 todas las voces del dolor humano:
 las de la angustia que consume, viva;
 las de la duda que devora, lenta;
 las del martirio corporal, que rõe;
 las del tormento de las almas... ¡Todas!
 ¡En ráfagas intensas, en intensos
 lúgubres torbellinos, resonaban

sin cesar!, ¡sin cesar! ¡Cuán espantosas!
Doblé la frente, con entrambas manos
sosteniendo su grave pesadumbre;
cerré los ojos, y aguardé...

¿Qué instinto,
cuál anhelo, qué afanes, me infundían
alientos de esperanza?

Lentamente,
las ráfagas intensas, los clamores
de angustia y de dolor, fueron cesando;
perdiéndose, quizás, en la distancia,
y al fin tan sólo resonaron leves,
cual vagas voces, cual distantes ecos.
Alcé los ojos, y ¡oh delicia! Rota
la espesa bruma, sobre el mar de Oriente
un imprevisto resplandor lucía.
¡La Aurora al fin! Y la anhelada Aurora
fué cundiendo risueña, difundiendo
por el aire dormido, sobre el agua
su alegre claridad... Y por el aire,
cual tropel de fantasmas perseguidos,
los deshechos jirones de la bruma
se escapaban huyendo... Vivos rayos,
cual explosión de fuegos celestiales,
coronaron después la gaya fiesta
de la Aurora gentil;—fiesta sublime,
con tan sublime luz,—y al fin, rasgando

su noble frente las dormidas ondas,
sobre el espejo de la mar en calma
miré surgir el Sol. ¡Oh, Sol, que vuelves
para el hombre infeliz, como la imagen
de la luz, de la fe, de la esperanza,
que tras las noches y las penas tornan;
oh, Sol, alegre Sol, padre del Día:
la risa de los aires te saluda,
y el gozo de los hombres te bendice!

III

Surgió su rojo disco del mar, como rodela
de fuego, remontada por mano de gigante;
de un buque portentoso, redonda, magna vela,
y sobre el mar sereno, con ráfagas de estela,
tendióse un gran camino de luz centellante.
Tendióse un gran camino de luz, cual si brotara
del Sol, del rojo disco del Sol, allá en Oriente;
tendióse un gran camino de luz, intensa y clara,
que sobre el mar corría, vibrante, reluciente,
con rápidos temblores, con múltiples reflejos,
cual una piel abierta de anchísima serpiente,
vestida con escamas de chispas y de espejos.
Y sobre el ancho disco del Sol, con leve y blando

gentil andar, movióse bellísima figura,
 que fué, sobre la mágica rodela, destacando
 con luz, como de Gloria, su espléndida hermosura.
 Con planta leve y pura, bajó por el camino
 que hasta mis pies llegaba, que desde el Sol corría,
 y sobre el mar luciente, como á mi encuentro vino,
 radiante de hermosura, radiante de alegría.
 Bajó... Siguió... ¿Quién era? Jesús... Jesús divino,
 que sobre el mar sereno su marcha proseguía,
 cual Sol, del Sol brotado, por gracia del Destino;
 cual astro portentoso, cual nueva luz del día.
 Sonó, vibró su acento, con dulces inflexiones;
 sonó sobre las aguas, vibró por el ambiente,
 tan puro y sosegado; vibró con claros sonos,
 cual agua de un arroyo brotando de su fuente.
 Su voz era un arrullo, de célica armonía;
 su voz, la voz más pura: ¡la voz de su pureza!
 Jesús, sobre las ondas, su marcha proseguía,
 y en tanto que marchaba, con noble gentileza,
 así la voz del Justo,—su dulce voz,—decía:

“Bienaventurados, los pobres de espíritu.
 Las dichas del Cielo, sin mal ni cuidados
 que angustien sus horas, serán con sus almas...
 ¡Bienaventurados!

”Bienaventurados, los mansos y humildes;
 por mí silenciosos, por mí resignados.
 Dueños y señores serán de la Tierra.
 ¡Bienaventurados!

”Bienaventurados, los tristes que lloran.
 Pues lloran, pues sufren, serán consolados.
 Los que sufren ansias y sed de justicia,
 ¡bienaventurados!

”Hombres compasivos del sufrir ajeno,
 por mi fe piadosos, de mi fe soldados,
 pues habrán, en premio, gran misericordia,
 ¡bienaventurados!

”Los que hubieren puros, limpios corazones;
 los que en sí mataren, por nobles dictados,
 rebeldes instintos, pasiones bastardas,
 ¡bienaventurados!

”Los que mal sufrieren, por buenos y justos,
 en cárceles duras; de hierros cargados,
 de penas y oprobios; pues han mis favores,
 ¡bienaventurados!”

IV

...Y por el mar, hacia la tierra, todo
palpitó, con latido de alegría.

...Y las ondas del aire transmitieron,
serenamente, venturosamente,
la palabra de Dios, consoladora.

...Y arrebatado por celeste llama,
de intensa claridad, en un instante
despareció Jesús...

...Y en el espacio,
cual la huella de un grande metëoro,
dejó su huella, su ondulante huella;
reguero vivo de crujientes chispas,
¡himno triunfal de fuego, crepitante!

...Y en la paz del ambiente despejado,
despejado y espléndido: sin mancha,
quedó la luz, que lo llenaba todo,
que lo arrollaba todo, con sus rayos,
cual una rebelión contra las nieblas,
cual una afirmación contra las dudas.

¡ Oh, la paz de las ondas, infinita !
¡ Oh, del ambiente, la admirable y quieta
diafanidad azul !... ¡ Oh, la sublime
gracia de Dios: la claridad de juicio
que la palabra de Jesús me impuso !...

¡ Oh, paso de Jesús, sobre las aguas !
¡ Oh palabra de Dios, para los hombres !

¡ Oh, bienaventuranzas: sed eternas !

LA BARCA VIEJA

Sobre la orilla del mar,
sobre su playa serena;
sobre el lecho de su arena
que la invita á descansar;
triste imagen del pesar
que, sin tregua, la devora,
sufre sin cesar; añora
con negras melancolías
sus buenos y alegres días,
una barca pescadora.

—
Mírase ya sin "pareja",
con que se ve desdeñada;
mírase al fin arrumbada,
por inútil y por vieja.
Ya sobre el mar no refleja
su hermosura decadente;
pero mira al mar, enfrente,
que celebró su hermosura;
con que aumenta su amargura,
tan medrosa, tan doliente.

Ve sobre el mar, con el día,
muchas "parejas" lozanas,
que á las ondas, cuán livianas,
van diciendo su alegría.
Tanta fué su gallardía.
Cual la de barcas tan bellas.
Bien la envidiaron doncellas,
con insistentes miradas.
En las noches despejadas,
bien la vieron las estrellas.

—
¡ Barca infeliz! ¿Quién la mira?
Ya, ¿quién? El mar la olvidó;
mar que sus gracias copió,
como copia quien admira.
De nuevo, sufre y suspira.
¡ Solloza, de nuevo, en vano!
Quiere el Destino tirano
que la infeliz veterana
padezca, triste y anciana,
todo el dolor de lo anciano.

Mas, no; ¡no sufras! ¿Por qué,
vieja barca pescadora?
Porque sin fruto se llora
por la dicha que se fué.
¿Que el mundo vieja te ve?
¡Moza te vió, bien garrida!
¡Bien viviste, complacida
de la vida, de sus goces!
¡Bien, por lo mismo, conoces
la hermosura de la vida!

—

¿No cruzaste por el mar,
linda, bizarra, ligera?
¿No te admiró, por velera,
quien te vió con buen mirar?
¿No conseguiste gozar
de mercedes codiciadas?
¿No fueron en ti las Hadas,
en dulces noches de luna?
¿No alcanzaste la fortuna
de las dichas más soñadas?

Pues, piensa en ello, mejor
que en tus angustias presentes;
más que en tus duelos crecientes
y en su constante rigor.
Piensa en las horas de amor
que te dieran tus amores;
piensa en tus horas mejores,
de luces y encantos llenas;
con que se amansen tus penas
y se templen sus rigores.

—

Es gran dón el de la vida,
por el Cielo concedido.
Todo ser, pues ha vivido,
ventura logró cumplida.
Mal hace si al fin olvida,
cuando conoce su invierno,
su Abril florecido y tierno;
su amor, su paz inefable...
¡No fuera el bien tan amable
si fuera su bien eterno!

Sábelo ya, barca altiva,
 que hoy sollozas decadente;
 que sufres hoy, tan doliente,
 junto á la mar, tan esquivá.
 Feliz se juzgue quien viva;
 quien tuvo su Abril florido,
 quien lo salva del olvido...
 Reprime tu larga queja.
 ¡No solloces, barca vieja!
 ¡Cuán feliz, quien ha vivido!

CANTO Á NEPTUNO

Musa, la Musa de mis gratas horas;
 Musa, la Musa de mis gratos sueños:
 torna, retorna; tu favor me ampare.
 Ven y me acorre.

Versos me dicta con que al fin concierte
 canto gozoso, que repita el aura;
 versos pulidos, con que yo, gozoso,
 cante á Neptuno.

Cante á Neptuno, frente al mar del Lacio.
 Bellas se humillan, á mis pies, sus ondas.
 ¡Oh, las que miro, transparentes! ¡Cuántas!
 ¡Oh, *mare nostrum*!